



LA CULTURA VIVIDA
HOMENAJE AL PROFESOR

JAVIER MARCOS ARÉVALO

SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA
JUAN MANUEL VALADÉS SIERRA
(coordinadores)

Apuntes de un profesor jubilado sobre la universidad y sus primeros años como estudiante y PNN (profesor no numerario)

Isidoro Moreno

*Catedrático emérito de Antropología Social,
Universidad de Sevilla*

1. A modo de justificación y dedicatoria

Cuando se jubila un profesor universitario, en este caso Javier Marcos Arévalo, que ha sido clave para el desarrollo de una disciplina –la Antropología– en una universidad de creación reciente que, además, es la de su tierra –Extremadura–, y cuando ese profesor fue uno de mis alumnos aventajados en los lejanos años en que unos pocos profesores, entonces jóvenes, pugnábamos en Sevilla, Barcelona y Madrid, de la mano de un todavía más reducido número de maestros, por conseguir el reconocimiento de esa disciplina, estoy seguro que puede entenderse mi interés por estar presente en esta publicación jubilar.

No pocos focos de interés comparto con el colega Javier Marcos, por lo que he dudado algún tiempo sobre la temática de mi colaboración. Finalmente, me decidí por elaborar este texto a partir de la conferencia de inauguración del curso 2017-18 en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla, que impartí a diez días de mi jubilación forzada cuando se cumplían exactamente 50 años de la firma de mi primer contrato como profesor no numerario el 1 de octubre de 1967. En esa conferencia realicé unas reflexiones sobre el papel de la universidad y su situación presente y rememoré (es decir, volví a pasar por la memoria) algunos hechos y sensaciones de mis dos primeras etapas en ella, la primera como estudiante y la segunda como PNN (Profesor no numerario). No cubrí la totalidad de mi vida universitaria sino solo el periodo 1960-75. Al igual que en aquella última lección, tampoco intento aquí hacer un esbozo de autobiografía sino referirme selectivamente a algunas cuestiones que creo significativas de aquellos años intensos y claves tanto a nivel individual como colectivo.

Son solo unos apuntes para una reflexión necesariamente más profunda, que queda pendiente, y quizá para avivar el reto de una futura redacción de unas Memorias (o algo parecido) a la que me instan personas muy cercanas pero que siempre queda aplazada por mi interés, no pocas veces apasionado, por lo que ocurre en el presente. Entiéndanse estos apuntes como una muestra de afecto a quien fue primero mi alumno, luego mi colega y, a partir de ahora, compañero en una situación administrativa y personal que, a cambio de algunas renuncias obligadas –la mayor, el no contacto diario con las generaciones jóvenes–, abre también oportunidades de elegir más libremente a qué dedicar nuestro tiempo y nuestros esfuerzos.

2. Sobre la función de la universidad

La historia de la universidad ha sido siempre, y continúa siendo, en toda aquella que merezca tal nombre, la de una lucha constante por tratar de romper el dogal del pensamiento dominante en cada época. Pensamiento que se presenta como único y verdadero, pretendiendo ser legitimado por las propias universidades. Sin embargo, es consustancial de estas, porque lo es del pensamiento, el cuestionamiento de las verdades establecidas como tales, que en una época fueron las de la Religión, en otras las del Estado-Nación (sobre todo desde el establecimiento de este modelo a partir de la Ilustración) y actualmente, sobre todo, las del Mercado. Como he argumentado en diversas ocasiones y lugares¹, Dios, Estado-Nación y Mercado son los sacros sucesivos que han actuado en las sociedades europeas (y en el mundo colonizado, no solo económica y políticamente sino también mentalmente, por Europa) como núcleo y motor de la lógica dominante en cada época histórica. Son ellos los sacros sobre los que se edifican los respectivos pensamientos únicos de la Religión, la Patria y el Neoliberalismo y la descalificación consiguiente de cualquier otro pensamiento, de cualquier otra lógica. Son tres sacralidades que poseen sus mitos fundantes, su sistema de valores, sus símbolos, sus rituales, sus insti-

¹ Véanse, entre otros textos, Isidoro Moreno (2002) "Religión, Estado y Mercado. Los sacros de nuestro tiempo", en Zambrano, C. V. *Confesionalidad y política. Confrontaciones multiculturales por el monopolio religioso*, pp. 35-52. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, y (2003) "La trinidad sagrada de nuestro tiempo: Mercado, Estado y Religión". *Revista Española de Antropología Americana*, 33. Número Extraordinario en memoria de José Alcina Franch, pp. 13-26.

tuciones de poder y su definición de los grupos excluidos. Tres sacralidades cuyas lógicas y valores se encuentran en confrontación, pero cuyos representantes institucionales pueden llegar a consensos para repartirse los ámbitos de poder, aunque siempre la lógica de una de ellas será el marco en el que habrán de actuar las otras dos lógicas, so pena de que el consenso se rompa.

La universidad ha vivido históricamente, y continúa viviendo hoy, en una permanente contradicción (o, si se quiere, en un estado de permanente paradoja). Por una parte, es una institución que nace y es mantenida por las instituciones de poder (primero eclesiástico, luego político, hoy también económico), por lo que constituye, o se pretende que así sea, un aparato más –e importante– en la legitimación y reproducción del *statu quo*: del Sistema económicosocial, del régimen político que representa a este y de la ideología dominante que organiza los imaginarios. Este papel de legitimadora de la ideología dominante convierte a la universidad (y podríamos decir que a la Educación en general) en lugar privilegiado para la reproducción social. Hoy, la universidad tenderá a respaldar, con su prestigio y su referencia a la Razón y la Ciencia, al sistema y los valores sociales hegemónicos, a la vez que tenderá a reproducir en sus formas de organización y en su funcionamiento las estructuras y funciones dominantes en nuestra sociedad.

Así, actualmente, cuando el sacro social central es el Mercado y la lógica del utilitarismo mercantilista es la lógica sacralizada, subsumiendo en ella, en la mayoría de los casos y situaciones, a las lógicas respectivas de la religión y de las instituciones políticas estatales, no debe sorprendernos la rápida mercantilización de las universidades. A pesar de su palabrería hueca, las universidades “boloñizadas” se organizan (nos organizan) en cuanto a sus fines, sus planes de estudios, sus presupuestos, la investigación que se incentiva, etc. conforme a la lógica y los intereses del Mercado; intereses definidos por la gran banca, las grandes corporaciones trasnacionales y las instituciones supraestatales de la globalización (del capitalismo financiero globalizado) que gobiernan hoy el mundo.

No es de extrañar, pues, que siendo los valores realmente sacralizados los de la “productividad” y la “competitividad”, la mayoría de los universitarios (profesores y estudiantes) hayan interiorizado que la calidad de la investigación se mida casi exclusivamente en función de la posición que tal o cual universidad tenga en el ranking de Shangái o por el número de artículos que cada profesor logre colocar en revistas JCR (o del primer cuartil en otros ranking) sin considerar apenas las condiciones concretas de cada universidad (su

presupuesto, por ejemplo) y aún menos lo que debería ser central: la calidad de la investigación y su grado de conexión con los problemas e intereses de las mayorías sociales de la sociedad a la que la universidad se debe (o debería deberse). De acuerdo con el pensamiento único actual, que es la ideología neoliberal (mejor ultraliberal), cada día se obliga a valorar más en la universidad lo que puede medirse al peso (número de artículos, número de congresos y reuniones en los que se participa o asiste, número de méritos y certificados, número de...) y no los contenidos, la calidad de lo que se realiza y el para qué y a quiénes puede servir lo que se hace. Y apenas se valoran (o no se valoran para nada, lamentablemente) la calidad de la docencia, la empatía con los estudiantes, la capacidad para promover trabajo en equipo...

Quienes no hayan vivido la universidad en estos últimos 20 años difícilmente podrán creer que la calidad de un libro o de un artículo, y su valoración, dependa de en qué revista o editorial se haya publicado y no en la calidad de su contenido. O que para las contrataciones, o para el acceso a titularidades y cátedras, los miembros de las comisiones nombradas al efecto apenas puedan conocer los méritos de los candidatos sino solo baremar los que estos afirman tener, siguiendo una plantilla previamente realizada no se sabe por qué burocratas o supuestos pedagogos. Baremar, además, con criterios que vienen impuestos desde oscuros despachos que recortan enormemente, y casi imposibilitan, la tarea de evaluación. Y también la docencia se valora al peso: tantos años, a tantas horas de clase al año, sin tener para nada en cuenta qué tal sea cada quién como docente; sin tener en cuenta para nada las encuestas que se hacen entre los alumnos (que no sirven para absolutamente nada); sin tener en cuenta todo lo que realmente debería valorarse. Así, la *productividad* y la *competitividad* se han convertido en los dos valores supremos que gobiernan hoy la universidad, como gobiernan también cualquier empresa y la gran mayoría de las instituciones. El que sean “públicas” o privadas no cambia gran cosa esto.

Parecería que, ante este panorama, habría que aceptar como irremediable la imposición actual de los valores mercantilistas y de un funcionamiento cada día más puramente empresarial. Lo que nos llevaría a una posición de pasividad o de mera adaptación para salir lo más beneficiados posibles a nivel personal. Pero no necesariamente tiene que ser así. Lo que acabo de exponer es solo una cara, sin duda la más visible y dominante pero no la única, de la universidad. Porque esta también ha sido siempre –y lo es también ahora, aunque de forma muy débil– uno de los lugares en que se han desarrollado los planteamientos críticos, en cada época, respecto a los valores

y la dominación del correspondiente pensamiento único. Podríamos referirnos a “conciencia crítica de la sociedad”, a “lugar de pensamiento libre” o como queramos, pero las universidades (algunos lugares y pequeños grupos, siempre minoritarios, de la universidad) siguen siendo, al menos potencialmente, un horno en el que pueden cocerse o cristalizar pensamientos *otros* que se sitúen en lógicas diferentes a la hegemónica. Si estos lugares y grupos se encierran en la institución y no conectan con otros lugares de creación de pensamiento y puesta en práctica de experiencias distintas a las hegemónicas, su existencia puede ser estéril. Si, en cambio, se propicia una circulación fluida de ideas y un intercambio de experiencias entre, por ejemplo, universitarios y activistas de movimientos sociales y de la sociedad en general, podremos efectivamente contribuir al cambio social necesario. Difícil tarea en las circunstancias actuales, pero imprescindible tarea. O la emprendemos o estaremos rehusando a nuestra función intelectual.

3. Sobre la jubilación como otra etapa de la actividad (no como situación pasiva)

En referencia a mi dilatada vida como profesor universitario –a la que habría que añadir mis años de estudiante–, podría parafrasear a Neruda diciendo: “Confieso que la he vivido”. Intensamente. Y confieso también que deseo seguir viviéndola, al menos en la parte que siga siendo posible, aunque apartado ya de la docencia reglada y el quehacer diario. Lo que podría llamar (en términos antropológicos) mi “cultura del trabajo” como profesor universitario en el ámbito de las ciencias sociales, concretamente en el de la Antropología, seguirá sin duda vigente, porque las culturas del trabajo, cuando están fuertemente interiorizadas, son parte imborrable de nuestra propia identidad personal, como lo son también nuestra cultura de género y nuestra identidad cultural (la mía andaluza). Y seguirá vigente mi cultura del trabajo universitaria, aunque ya no pueda dar clases oficiales en el grado ni en el master y aunque ya no tenga una mesa y un ordenador en un despacho dentro del recinto universitario.

Convendría señalar que el 30 de septiembre de 2017 yo no me he jubilado, sino que “me han jubilado”, en cumplimiento de una ley que, como tantas otras, no por serlo es necesariamente razonable. También he tenido que dejar la función de investigador principal y coordinador de GEISA, el grupo de investigación que

fundamos varios profesores en la segunda mitad de los años ochenta, aunque continúe formando parte del mismo, como uno más de sus miembros. Ahora no tuvieron que preguntarme si quería o no jubilarme. Sí lo hicieron anteriormente dos veces. La primera, cuando cumplí 60 años y tenía ya una antigüedad como profesor de treinta y muchos. Como a todos los que estábamos en condiciones similares, se nos ofreció un denominado “Premio a la Jubilación Anticipada” que nos aseguraba que hasta que cumpliéramos los setenta seguiríamos cobrando como si estuviéramos en activo a cambio de que nos fuéramos a casa. Algunos compañer@s aceptaron (no voy a valorar el por qué, ya que defendiendo firmemente el derecho a la libre decisión tanto de las personas como de los pueblos), pero yo no acepté –otr@s tampoco– porque para mí el trabajo como profesor universitario nunca ha sido un “tripalium” (instrumento de tortura), ni este trabajo “quema” como el de los colegas de bachillerato o que tratan con adolescentes. Y aunque sí fuera un “tripalium” las crecientes y estériles tareas burocráticas que nos obligan a realizar, esto no era suficiente para que yo quisiera “liberarme”. Antes al contrario, en esa ocasión escribí un artículo en la prensa con el título, creo que muy significativo de lo que era su contenido: “Derrochar cerebros”.

La segunda vez que me propusieron la jubilación fue al cumplir la edad máxima reglamentaria para la actividad de los profesores universitarios (y de los jueces y magistrados), que como se sabe es la de 70. Entonces opté por solicitar un contrato como *emérito* sin saber que ese año habían restringido extraordinariamente las condiciones para ese nombramiento en mi universidad. Fui uno de los cuatro profesores de la Universidad de Sevilla que consiguió ese año el emeritaje y en esa situación estuve tres cursos prácticamente en la misma situación y con los mismos deberes que en toda mi anterior vida académica. Como dije a mis alumn@s en mi última clase: “Empecé como profesor precario (PNN se decía entonces) y cincuenta años después he terminado como catedrático emérito, también no como funcionario (ya no era posible) sino como contratado. ¡Las vueltas que da la vida!”.

En esa mi última clase también dije otras cosas: “Aunque ya no seré profesor de esta Facultad, pienso que si tengo suerte y he heredado algo de los genes de mi padre (que murió cuando le faltaba mes y medio para los 100) pisaré de nuevo más de una vez estas aulas. Tengo todavía varias tesis pendientes que dirijo o codirijo, podré seguir participando en tribunales académicos de doctorado si me invitan a ello, y supongo que alguna vez (tampoco quiero que abusen) seré requerido para participar en ciclos o Jornadas. También voy a seguir colaborando con clases en el Aula de la Experiencia de la Universidad. En el tiempo que me dejarán

libre las clases, la corrección de exámenes y la maldita burocracia, me propongo profundizar en el análisis de varios temas y ampliar lo que hasta ahora he escrito sobre ellos. A ver si logro, en primer lugar, terminar un par de libros, a la vez que continuar mi presencia como antropólogo y como ciudadano en las tribunas públicas de prensa que me estén abiertas así como en las redes sociales, porque siempre he creído que es una responsabilidad indeclinable de un profesor universitario no encerrarse en las aulas, en su despacho, su biblioteca o su laboratorio, ni escribir exclusivamente en revistas profesionales (en las que generalmente te leen casi solo los más amigos y quizá alguno de los más enemigos). Siempre he considerado que hay que hacer pedagogía no solo en las aulas; que es obligado transmitir y difundir (que no vulgarizar) los análisis y apostar por los Derechos Humanos, tanto individuales como colectivos, tratando de influir y de desnudar las trampas e intereses que se ocultan tras el pensamiento único. Lo que seguro no haré es aceptar el triste papel de tertuliano fijo en alguna TV o radio porque el papel del tertuliano pienso que está en las antípodas del papel del intelectual: hablar mucho y pensar poco; creer que se puede hablar, e incluso pontificar, de todo sin saber mucho de nada; gritar en vez de argumentar con solidez.”

Y continué: “En lo que respecta a la prensa, he venido colaborando, en ciertas épocas con mucha regularidad y en otras más intermitentemente, desde 1975 en que comencé a escribir en *El Correo de Andalucía*, varios meses con pseudónimo y luego pronto ya con mi nombre verdadero todavía en vida del dictador. Un primer periodo de colaboración en la prensa que concluyó abruptamente cuando por orden gubernativa secuestraron el número del diario en que se publicaba un artículo mío premonitoriamente titulado “Prohibido todo”. Había ya muerto Franco, pero continuaba vivo el franquismo.

Desde aquellos últimos años de la dictadura, he seguido publicando, cuando he podido, en diversos medios y ahora también en mi cuenta de *facebook*. Y participado en ciclos de conferencias y mesas redondas no solo en congresos y jornadas científicas o profesionales sino también en otras organizadas por entidades o colectivos de la sociedad civil. Nunca se me han caído los anillos (que, por otra parte, nunca he llevado salvo el día de mi boda y pocos más, porque muy pronto acordamos, Elena y yo, que no tenía mucho sentido que esa fuera la única marca visible que nos definiera socialmente) en aceptar invitaciones provenientes de los más diferentes ámbitos: desde el Real Círculo de Labradores o el Círculo Mercantil sevillano hasta colectivos de okupas, pasando por concejalías de ayuntamientos, asociaciones culturales o de vecinos, movimientos sociales o cofradías. Cuando alguna entidad me invita, siempre

respondo: “si del tema que me proponéis creo que puedo decir algo de interés y relativamente original, acepto sin problema. Lo que no garantizo es que yo diga lo que a ustedes quizá os gustaría escuchar”.

Esta apertura a la sociedad confieso que ha tenido y tiene una cierta excepción. Soy mucho más prudente, y menos receptivo, cuando se trata de partidos políticos. No pertenezco a ninguno desde 1982 y tengo respecto a ellos –a su forma de funcionamiento, tan dudosamente democrática, a la ignorancia casi obscena que tantas veces reflejan la mayoría de sus líderes y a su tendencia a servirse instrumentalmente de los profesionales– una prevención que no niego. Un colega, jubilado hace unos años, expresaba esto en una frase muy gráfica: “el político profesional se acerca al intelectual como el borracho a la farola: no para iluminarse sino para apoyarse en ella”.

Quizá alguien podría extrañarse de esto cuando es conocido que pertencí nueve años –de 1974 a 1982–, con responsabilidades políticas, a un partido de los que suelen ser llamados “de izquierda radical”: el Partido del Trabajo. Para explicar esto, las fechas son relevantes. Siempre he creído, y continúo pensando, que militar en un partido político, tal como los partidos están conformados, significa rehusar, en mayor o menor medida, a expresar libremente el pensamiento propio, a hacer crítica de todo lo que consideremos criticable... porque, a lo peor, “no coincide con los intereses o las directrices del partido”. Sólo pagué, y relativamente, ese peaje cuando consideré que había que sacrificar una parte de mi libertad personal para luchar colectivamente contra la dictadura en una organización de gente honrada y decidida... aunque pudiera no compartir algunos de sus planteamientos doctrinales y tuviera reservas respecto a no pocos de sus dirigentes. No me arrepiento en modo alguno de haber realizado aquel sacrificio, pero no volvería a hacerlo... a menos que se dieran de nuevo circunstancias que no hay que descartar totalmente dada la democracia de baja intensidad que sufrimos y los constantes recortes de derechos.

4. ¿Para qué sirve, o debería servir, la universidad?

Más allá de estas consideraciones y autorreferencias, estimo fundamental que nos hagamos una pregunta: ¿para qué sirve o debe servir la universidad?

Algunos contestarán, de forma convencional, que para formar profesionales que estén preparados para conseguir o, mejor, para tratar de conseguir, un

empleo. Otros agregarán que para la transmisión de conocimientos –lo que es común a todas las instituciones escolares– y para la producción de nuevos conocimientos a través de la investigación –algo específicamente universitario–. Y habrá también quien subraye la importancia de la transferencia de conocimiento a la sociedad, lo que no pocos hacen equivaler hoy, de forma inadecuada, a transferencia a las empresas, cuando estas son parte, sí, de la sociedad, pero de ninguna manera deberían ser prioritarias respecto a las mayorías sociales.

Sin duda, transferencia de conocimientos, aportación al conocimiento en las distintas áreas y transferencia o extensión del conocimiento más allá de la universidad son tres funciones básicas de esta. En ello creo que todos estaríamos de acuerdo, pero la cuestión no es tan simple, empezando por las condiciones en que es posible el proceso de enseñanza-aprendizaje y cómo se entiende este, siguiendo por qué sería más adecuado investigar dada la limitación de los recursos y terminando por el debate sobre cuál haya de ser la relación universidad-sociedad que –insisto– debería ir mucho más allá de las relaciones universidad-empresas o universidad-instituciones políticas.

Para mí, y desearía que así fuera para muchos profesores y alumnos universitarios, la función básica de la universidad es –o debería ser– la de ofrecer los instrumentos para la comprensión del mundo: de los fenómenos de la Naturaleza y de la Sociedad que a todos nos afectan. El objetivo sería, o debería ser, ofrecer las herramientas (teóricas, conceptuales, metodológicas y prácticas) para aprender a caminar por nosotros mismos, es decir, para orientarnos, pensar y actuar *por sí* evitando ser una brizna de polvo que va hacia donde la lleva el viento, o sea, la ideología dominante presentada como “sentido común” o como supuesta verdad científica. Para conseguir este objetivo es imprescindible prepararse, adquirir conocimientos, controlar técnicas, realizar prácticas... pero el objetivo va mucho más allá de almacenar información y tener habilidades. Hay que unir lo uno con lo otro. Para que Picasso fuera capaz de revolucionar la historia de la pintura, de conseguir ser extraordinariamente creativo, debió primero empaparse de enseñanzas, aprender técnicas, dibujar y pintar de la forma académicamente definida como correcta. Después de esto, pero solo después, pudo revolucionar el arte, superar o incluso ridiculizar con su obra a la de quienes le habían enseñado. Porque para crear, para hacer crítica, para revolucionar... hay antes que prepararse, sólida y rigurosamente. Sin esto, lo que se hará será copiar o realizar simples especulaciones sin apenas sentido. No se puede saltar etapas. Creerse un genio antes de tiempo, autopen-

sarse como alguien tan “creativo” que puede prescindir del aprendizaje, es una solemne estupidez o una presuntuosidad fuera de lo razonable. Y, además, es mentira.

5. Los primeros años universitarios como estudiante y PNN

Cuando un bebé, un cachorrillo de ser humano, tiene más o menos un año y empieza a querer erguirse y andar, tiene siempre manos y voces que le ayuden, lo levanten y animen, para que pueda dar sus primeros pasos. En la enseñanza en general, y en la universitaria en particular, debería ocurrir lo mismo. Para poder cumplir el objetivo de aprender a caminar por nosotros mismos, necesitamos maestros. En mi época de estudiante, yo tuve la suerte de encontrar algunos en la antigua Facultad de Filosofía y Letras de Sevilla, a pesar de que fuera aquella una universidad oscurantista, no democrática, gris y cerrada en sí misma.

Cuando por primera vez entré en la universidad, esta era, indudablemente, muy distinta a la actual. Menos Medicina, todas las Facultades cabían en el edificio de la antigua Fábrica de Tabacos, remodelada años antes. Yo entré en 1960 y, como había cursado el bachillerato superior y el preu de Ciencias (en mi colegio habían quitado la rama de Letreas) cursé el Selectivo de Ciencias (un primer año común a todas las carreras denominadas científicas o técnicas). Lo aprobé entero en junio –pocos lo logramos– pero no seguí ese camino porque en modo alguno me veía de químico (la llamada Facultad de Ciencias tenía entonces sólo esa titulación). Decidí pasarme a la recién creada Escuela de Arquitectura pensando que esa podría ser una carrera social y humanista, pero me encontré otra vez con matemáticas y dibujo como materias dominantes. Si hubiera atisbado que también desde allí se podría entrar en el ámbito del Patrimonio Cultural o del Urbanismo como disciplina sociológica quizá me hubiera quedado en la Escuela, pero decidí dar un giro a mis estudios. Yo me había podido matricular en la universidad porque era becario del PIO (Plan de Igualdad de Oportunidades). Lo había sido durante el bachillerato y no aprobar un curso con la media de notable suponía perderla. Sin embargo –no se me olvida ese día– el 9 de febrero del 62, último posible para realizar la matrícula como alumno libre, lo hice en la Facultad de Filosofía y Letras tras una larga conversación con mi asombrado padre, al que costaba mucho esfuerzo entender que su hijo mayor, un estudiante de sobresalientes y matrículas que cursaba una carrera de élite (como era entonces Arquitectura), con salidas

profesionales garantizadas (hablo de entonces), le planteara trasladarse a una Facultad mayoritariamente de chicas y cuyas “salidas” eran más que problemáticas (el boom de la creación de Institutos de Enseñanza Secundaria fue años más tarde). Y que, además, perdería la beca para, al menos, el año siguiente. Yo tenía 17 años. Nunca agradeceré suficientemente a mi padre que, tras un intento de aplazar la conversación para después del final del curso, respetara mi decisión, me concediera el derecho a decidir, y creyera en mi compromiso de que sacaría adelante el primer curso de Filosofía y Letras ese mismo año y que las notas que obtuviera en él, junto a las que consiguiera en segundo, me permitirían recobrar para tercero la beca a la que ahora debía rehusar. Y, efectivamente, así fue. He contado esta peripecia personal a mis alumnos muchas veces para que no caigan en la tentación de creer que no es posible reorientarse y cambiar de caminos. Siempre que se tengan claras las cosas, evidentemente.

Al entrar en aquella universidad, en octubre de 1960, tuve tres experiencias nuevas. La primera fue la de compartir aulas con chicas, saliendo ya de esa ley franquista, expresión del más rancio nacionalcatolicismo, que prohibía la coeducación en la primera y la segunda enseñanza e incluso en carreras que no eran licenciaturas, como la de Magisterio. Nos robaron a los y las jóvenes de mi generación la experiencia de relacionarnos socialmente en los colegios e institutos con personas del otro sexo y este déficit originaba frustraciones, represión, sobredimensionamiento (y no al contrario) de la dimensión sexual e imaginarios surrealistas. Sin duda, era la más reaccionaria versión de la moral católica y la obsesión disciplinaria lo que estaba en la base de ese absurdo. Y es significativo que en años recientes haya vuelto a surgir con fuerza esa barbaridad de la “educación diferenciada” como llaman piadosamente a lo que es una verdadera segregación por sexos en las instituciones educativas. La argumentación ahora no es, o al menos no es básicamente, preservar la “moral”, lo que constituiría un *revival* del integrista religioso, aunque algo también hay de ello cuando buena parte de los colegios privados que lo practican pertenecen a órdenes o institutos (¿mejor sectas?) religiosos. Como ahora la sacralidad central es la del Mercado y son sus valores máximos los de la productividad y la competitividad, la segregación de sexos se plantea como un medio para conseguir notas más brillantes, algo que se dice esencial para competir en el mercado profesional. Se arguye (o a veces ni siquiera eso) que chicos y chicas juntos en una misma aula gastarían tiempo en flirteos y otras banalidades que “distraerían” a unas y otros de su objetivo único: el conseguir el máximo rendimiento (o productividad) escolar. Los “daños colaterales” que esto pueda producir:

dificultad de entablar vínculos de compañerismo, de trabajo en equipo, etc. con personas de sexo distinto al propio no se tiene en cuenta para nada. Y para hacer esto posible se pretende, –y consigue– que los centros que respondan a este ideario sean subvencionados con dineros públicos. ¡A qué punto hemos llegado, o quizá, hemos retrocedido!

Mi segunda experiencia nueva fue la de encontrarme, y tomar conciencia, de la diversidad del profesorado. Por supuesto, ya en el colegio había tenido buenos y malos profesores; profesores que sabían de lo suyo y otros que tenían que aprender el día antes lo que tenían que decir al siguiente a los alumnos; profesores accesibles y empáticos y otros (y otras) que se pensaban napoleones o josefinas reinando sobre la loseta de su asignatura y de su aula. Todo esto percibí también al entrar en la universidad (y todo esto continúa siendo realidad hoy). Entonces predominaban los fieles al régimen franquista, tanto en su versión pesebrista –los adscritos, formalmente o no, al *Movimiento Nacional*– como en la opusdeísta-tecnocrática, la mayoría de ellos con conocimientos más bien escasos. Pero descubrí también una minoría de profesores que no respondían al perfil general: tenían una mentalidad abierta, pasaban casi todo el día en sus despachos recibiendo con júbilo contenido a quienes les visitábamos para hacerles alguna consulta, investigaban en la medida de sus posibilidades y de los escasos recursos... Eran diferentes; pocos, pero se notaban mucho aunque debían ser prudentes en sus clases y conversaciones ante el riesgo de ser denunciados... Eran los maestros, los que podían enseñarnos a caminar por nosotros mismos. Incluso en aquella universidad los había. Los maestros han sido siempre y continúan siendo necesarios para que exista realmente universidad. Sin ellos, por mucho que se repitan las palabras “internacionalización” o “excelencia” –como hoy ocurre– y por mucho que se ascendiera en los rankings, no existiría verdadera universidad. Esta es, o debiera ser, antes que nada, una comunidad de docentes-investigadores y discentes, y no una academia con el mismo perfil que las academias privadas a las que se va, tanto estudiantes como profesores, solo a las horas en que hay clase o exámenes.

Es de justicia recordar a los que fueron mis maestros. Con alguno de ellos mi relación continuó tanto a nivel profesional como personal durante muchos años. Con otros, mi relación fue solo la de estudiante-profesor pero también me dejaron su huella. Es de bien nacidos ser agradecidos, como dice el saber popular, y por ello es preciso recordarlos. Porque ellos, en muy adversas condiciones, nos transmitieron –cada uno en su medida– la avidez por el conocimiento, la actitud crítica sobre los saberes y los poderes establecidos, la

valoración del esfuerzo, la búsqueda del trabajo bien hecho... En el exilio interior, silenciados fuera de la universidad y frecuentemente boicoteados dentro de ella por los jerarcas designados por las autoridades franquistas (sin *auctoritas* pero con poder), aquellos docentes e investigadores sí actuaron como maestros.

En primer lugar, mi querido José Alcina, un hombre al principio tímido que aterrizó en la difícil Sevilla de finales de los cincuenta y que en los ocho años que permaneció en su universidad fue partero del segundo nacimiento de la Antropología en Andalucía (completamente olvidada entonces la primera etapa de la disciplina en el siglo XIX). Él nos descubrió a sus alumnas y alumnos la diversidad cultural, nos hizo ser conscientes de nuestro etnocentrismo y de las virtudes de un sano relativismo frente al dogmatismo y la intolerancia. Las lecturas de algunos libritos del Fondo de Cultura Económica de México y sus clases y tutorías abrieron puertas y ventanas en nuestras mentes hasta entonces ocupadas mayoritariamente por la (mala)educación que habíamos recibido. Años después, él me invitó a Madrid para que en la Complutense pusiéramos en marcha una subsección de Antropología pero yo decidí quedarme en Sevilla para tratar de hacer lo mismo en mi ciudad, en mi nación, Andalucía. Él también, como hiciera mi padre años antes, respetó y entendió mi decisión y me siguió dando la mano y ayudando en ese objetivo, que no era solo mío sino también de otros colegas que logramos, con el tiempo, constituir el Departamento de Antropología Social y sacar adelante, no sin dificultades, la especialidad y luego la licenciatura. Si de algo estuvo orgulloso Alcina en sus últimos años de vida fue de cómo germinó la semilla que él había plantado y mimado en sus años sevillanos. En mi relación personal con él, el Don José se trastocaría en Pepe –confieso que al principio y durante no poco tiempo el cambio me costó muchísimo– y pasamos a ser amigos entrañables, incluso de confianzas recíprocas. Por ello, a instancias de su familia, fui yo quien escribí y leí el texto fúnebre con el que le despedimos un día de otoño de 2001 en el cementerio madrileño. La actual Facultad de Geografía e Historia de la Universidad de Sevilla tiene la deuda –que debería ser saldada sin más demora, en cumplimiento del acuerdo ya aprobado– de dedicarle un aula, biblioteca o lugar de trabajo, al igual que ha hecho con profesores de otras disciplinas que fueron también determinantes para el desarrollo de estas.

También, aunque de forma no tan determinante, influyeron sobre mí otros maestros: Don Juan de Mata Carriazo, un sabio al que está dedicada hoy el Aula de Grados de la citada Facultad, Don Guillermo Céspedes, el más brillante historiador americanista que hubo en la extinta Sección de Historia de América, que decidió trasladarse a California ahogado por la niebla espesa que

aquí se respiraba, Don Manuel Giménez Fernández, que había sido ministro de Agricultura en el gobierno republicano de derechas pero que era uno de los críticos más o menos tolerados por el franquismo desde su ideología demócrata-cristiana, fustigador inmisericorde de la que él llamaba la mafia opusdeística en la universidad. También Don Francisco López Estrada, un sabio liberal de modales exquisitos, y Don Agustín García Calvo, una de las personas más inteligentes y con mayor capacidad de trabajo que nunca he conocido, que pasaba más de doce horas diarias en su despacho no ocultando su heterodoxia y acratismo, lo que sería aprovechado por la *carcundia* local para denunciarlo como contrario al dogma de la Inmaculada Concepción, acusándolo incluso de ser oficiante de ritos en honor de dioses paganos.

Una tercera novedad experimenté al entrar en la universidad: la de tener que asumir la responsabilidad de autoorganizarme. De la secundaria a la entonces llamada enseñanza superior era (y sigue siendo) esta una diferencia importante porque no se trata tanto de controlar y dirigir férreamente, mediante multitud de controles y exámenes, que el estudiante trabaje sino, antes que nada, que asuma su propia responsabilidad y se autoorganice. Quizá en esto vamos también hacia atrás, a veces con la máscara de la “evaluación permanente” que casi nunca es tal sino una sucesión de pruebas y exámenes que apenas diferencia la universidad de un instituto. Todo en nombre de la “productividad”. En mis tiempos, determinados profesores –pocos, desde luego– nos enseñaron a trabajar en grupo, a cooperar con otras compañeras y compañeros, a formar equipos... De nuevo en esto hay una regresión, debido a los dictados de la “competitividad” porque esta es lo contrario de la cooperación y la solidaridad.

Y en la universidad experimentamos, en el día a día, lo injusto y antidemocrático de unas estructuras piramidales construidas de arriba a abajo que impedían la más mínima participación en las decisiones. Para utilizar bellas palabras de Rigoberta Menchú, a algunos, experimentando aquella situación, “nos brotó la conciencia”. Y comenzamos a implicarnos en la lucha por democratizar la universidad. Y aprendimos, en propia carne, que sin democracia en la sociedad esta no es posible en la universidad, más allá de abrir pequeños y fugaces espacios de libertad. Siempre limitados y fugaces. Recuerdo, por ejemplo, las enormes dificultades que tuvimos, en el aula de cultura de los estudiantes, para que fuera autorizado un pequeño homenaje a Antonio Machado cuando se cumplían los 25 años de su muerte. Tres veces se nos prohibió el acto con diferentes excusas por parte del decano, que era catedrático y a la vez cura castrense (una verdadera acumulación de poderes). El acto con-

sistía en la lectura de poemas por parte de algunos alumnos, entre ellos yo –que entonces intentaba hacer algunos pinitos garcialorquianos–, y un breve comentario a la poesía “Las moscas” por parte del ya aludido Agustín García Calvo. Fue aquel año 1964 cuando yo visité por primera vez los despachos de la brigada político-social, en el edificio hoy ruinoso de la sevillana plaza de la Gavidia, para ser interrogado sobre lo que consideraban mis “peligrosas actividades estudiantiles”.

Años más tarde, ya como PNN, estuve muy comprometido con las actividades reivindicativas de ese colectivo, formando parte, como representante del distrito universitario de Sevilla en la Coordinadora Estatal de PNNs de Universidad, donde coincidí con personas que harían luego carrera política, como Narcís Serra (vicepresidente de gobierno con Felipe González) o Alfredo Pérez Rubalcaba. Yo nunca quise emprender ese camino, entre otros motivos porque ya había escogido mi profesión: antropólogo y profesor universitario. Pensaba, y pienso, que pocas cosas son más importantes. Y que, para tratar de influir en los asuntos públicos (que eso es, o debería ser, la actividad política) no es necesario “dedicarse a la política” –hacer *carrera política*– sino estar inserto en la sociedad y no reducir los análisis y opiniones a las aulas. De aquella época, todavía en vida del dictador, tengo como uno de los recuerdos más destacados el 25 abril de 1975, cuando nos detuvieron a punta de pistola a Clara Thomas, profesora de Árabe, y a mí, en el Aula Magna de la Facultad de Derecho, cuando informábamos en una asamblea autorizada a más de doscientos compañeros PNN sobre una reunión de la Coordinadora que había tenido lugar días antes en Madrid. Se cumplía el primer aniversario de la revolución de los claveles en Portugal, que los estudiantes convirtieron, al menos en la universidad de Sevilla, en una fiesta democrática abiertamente antifranquista. Una fiesta que fue abortada violentamente cuando entraron los “grises” (la Policía Armada, hoy Policía Nacional), acompañados por miembros de la Brigada Político-Social, disparando pelotas de goma por las galerías e irrumpiendo en nuestra asamblea. Muchos compañeros durmieron dos noches en las “salas nobles” del rectorado, en sacos de dormir o sobre la moqueta roja de los antedespachos, exigiendo al rector que presionara al gobernador civil para nuestra liberación de los calabozos de la Gavidia, como así ocurrió tras 48 horas de detención².

² En la 3ª edición de las Jornadas sobre Educación y Franquismo, organizadas por el profesor Alberto Carrillo en la Facultad de Geografía e Historia de Sevilla, que tuvieron por título *Depurados, Represaliados y Exiliados*, presenté una ponencia sobre “El movimiento de los PNN y la lucha por la democratización de la universidad (y del país)”. El libro con los textos de las

Esta actividad reivindicativa y de lucha por la democratización de la universidad y del país, junto a (y desde) mi militancia política desde finales del 73, estuvo a punto, varias veces, de ser causa de mi expulsión de la universidad (o lo que era equivalente, de mi no renovación del contrato anual). Sin embargo, esta no se consumó. Para entonces, yo tenía ya varios libros publicados, incluídas mi tesina de licenciatura y mi tesis doctoral en las prestigiosas editoriales Porrúa y Siglo XXI³. Además de trabajo de campo antropológico en Andalucía, había realizado dos temporadas de trabajo de campo en Ecuador, en el norte de la provincia de Esmeraldas, en los años 72 y 73, en la zona del río Cayapas –para el cual me fue negado, en principio, el pasaporte debido a mis “antecedentes policiales” para finalmente serme expedido “por una sola salida y entrada en España”– y había comenzado a escribir en la prensa sevillana. Modestamente, pienso que comenzaba a tener un cierto prestigio profesional. Y también a que mi expulsión no se consumara ayudó el que por entonces era rector Manuel Clavero, que, aunque conservador, no era franquista. Y precisamente en ese mismo año 75 conseguí por oposición una plaza como Profesor Adjunto numerario, lo cual hacía menos fácil el apartamiento de la universidad como represalia. Como era de esperar, y en algún lugar lo he relatado, aunque someramente⁴, sí sufrí represalias académicas de otro tipo pero jamás me he quejado de mi suerte ni reivindicado ningún “currículum martiroológico”. Creo, sinceramente, que nunca he dejado de hacer, o de decir o escribir, lo que mi conciencia ética me ha dictado. Arrostrando, claro está, las posibles consecuencias. No me ha ido mal y no tengo problemas al mirarme cada mañana en el espejo. Este quizá sea el mensaje central, la recomendación principal, que quiero transmitir con estos apuntes como profesor jubilado, con ocasión de la jubilación de Javier Marcos, mi antiguo alumno, colega y amigo.

Jornadas está próximo a publicarse.

³ Isidoro Moreno (1973): *Los cuadros del mestizaje americano. Estudio antropológico*. Ed. José Porrúa, Madrid y (1972) *Propiedad, clases sociales y hermandades en la Baja Andalucía*. Ed. Siglo XXI, Madrid.

⁴ Isidoro Moreno (2018): “Claudio Esteva y la institucionalización de la antropología en el estado español”, en *Arxiu d’Etnografia de Catalunya. Revista de Antropologia Social*, vol 18. Número extraordinari Homenatge a Claudi Esteva Fabregat, pp. 131- 146. Tarragona, URV.